\xC2La naturaleza sanó durante la ‘antropausa’ pandémica?

The New York Times

July 18, 2022 Monday 21:43 EST

Copyright 2022 The New York Times Company All Rights Reserved

Section: ESPANOL

Length: 2296 words

Byline: Emily Anthes

Highlight: La suspensión de actividades humanas por la covid ha sido una oportunidad para entender mejor cómo afectamos a otras especies del planeta.

Body

La suspensión de actividades humanas por la covid ha sido una oportunidad para entender mejor cómo afectamos a otras especies del planeta.

En una primavera típica, las aves marinas en reproducción —y los observadores humanos de aves marinas— acuden en masa a Stora Karlsö, una isla frente a la costa de Suecia.

Pero en 2020, la pandemia de la COVID-19 canceló la temporada turística, lo que redujo la presencia humana en la isla en más de un 90 por ciento. Los investigadores descubrieron que, debido a la ausencia de las personas, las águilas de cola blanca se mudaron allí y su presencia se volvió mucho más abundante de lo habitual.

Eso podría parecer una bonita parábola sobre cómo la naturaleza se recupera cuando las personas desaparecen del entorno, si no fuera por el hecho de que los ecosistemas son complejos. Las nuevas y numerosas águilas volaron repetidamente por los acantilados donde una población protegida de araos comunes había puesto sus huevos, expulsando mientras tanto a las aves más pequeñas de sus cornisas.

Durante la conmoción, algunos huevos cayeron de los acantilados; otros fueron arrebatados por depredadores mientras los araos no estaban. El rendimiento reproductivo de los araos cayó un 26 por ciento, descubrió Jonas Hentati-Sundberg ecólogo marino de la Universidad Sueca de Ciencias Agrícolas. “Salían volando presas del pánico y perdieron sus huevos”, afirmó.

La pandemia fue y sigue siendo una tragedia humana mundial. Pero para los ecólogos, también ha sido una oportunidad sin precedentes para aprender más sobre cómo las personas afectan el mundo natural, al documentar lo que sucedió cuando nos alejamos de manera abrupta de él.

Una creciente bibliografía pinta un retrato complejo de la ralentización de la actividad humana que ha llegado a conocerse como “antropausa”. Algunas especies se beneficiaron claramente de nuestra ausencia, en consonancia con las primeras narrativas mediáticas de que la naturaleza, sin gente alrededor dando tumbos, finalmente estaba sanando. Sin embargo, otras especies sufrieron sin los recursos o la protección humana.

“Los seres humanos desempeñan un doble papel”, afirmó Amanda Bates, científica de conservación oceánica de la Universidad de Victoria en Canadá. Bates afirmó que actuamos como “amenazas para la vida silvestre, pero también somos guardianes de nuestro medioambiente”.

Según los científicos, la investigación tiene lecciones prácticas para la conservación e indica que incluso cambios modestos en el comportamiento humano podrían generar enormes beneficios para otras especies. Esos cambios

podrían ser especialmente importantes a medida que el mundo humano vuelve con fuerza a la vida y aumentan los viajes de verano, lo que podría generar potencialmente un “antropulso” de intensa actividad.

“Muchas personas sentirán un deseo por ponerse al día con sus viajes de vacaciones o de trabajo o simplemente con la vida”, afirmó Christian Rutz, ecólogo del comportamiento de la Universidad de Saint Andrews, quien introdujo el concepto de “antropulso” en un informe reciente. (Rutz y Bates también formaron parte del equipo que acuñó el término“antropausa”).

“Los humanos deben viajar y disfrutar de la naturaleza y así lo harán”, agregó. “Pero creo que podemos realizar ajustes bastante sutiles en la forma en que hacemos las cosas y aun así generar un gran impacto”.

Lo bueno

Cuando llegó la pandemia, muchas rutinas humanas se detuvieron repentinamente. El 5 de abril de 2020 —el punto más alto de los confinamientos pandémicos— 4400 millones de personas (el 57 por ciento del planeta), estaban bajo algún tipo de restricción de movimiento, calcularon los científicos. El uso de automóviles disminuyó en más del 40 por ciento, mientras que el tráfico aéreo se redujo en un 75 por ciento.

Estos cambios repentinos permitieron a los investigadores separar los efectos de los desplazamientos humanos de las muchas otras maneras en que moldeamos las vidas de otras especies.

“Sabemos que los humanos impactan los ecosistemas al modificar el clima. Sabemos que tienen impactos dramáticos al cambiar el uso de la tierra, como cuando arrasan un hábitat y construyen centros comerciales”, afirmó Christopher Wilmers, ecólogo de vida silvestre de la Universidad de California en Santa Cruz. “Pero esto elimina un poco todo eso y dice: ‘OK, \xC2cuáles son los impactos de los desplazamientos humanos por sí solos?’”.

Los científicos descubrieron que con los humanos encerrados en sus hogares —y los automóviles atrapados en garajes; los aviones, en hangares; los barcos, en muelles— la calidad del aire y el agua mejoró en algunos lugares. La contaminación acústica se redujo en tierra y bajo el mar. Los hábitats perturbados por los humanos comenzaron a recuperarse.

En marzo de 2020, la reserva natural de la bahía de Hanauma en Hawái, popular destino para la práctica de esnórquel, cerró y permaneció cerrada durante casi nueve meses. “La pandemia restableció el impacto de los visitantes a cero”, afirmó Ku’ulei Rodgers, ecóloga de arrecifes de coral en el Instituto de Biología Marina de Hawái.

Sin nadadores levantando sedimentos a patadas, la claridad del agua mejoró un 56 por ciento, descubrieron Rodgers y sus colegas. La densidad de peces, la biomasa y la diversidad se incrementaron en aguas que solían estar repletas de buceadores.

En efecto, los científicos descubrieron que muchas especies se habían mudado a nuevos hábitats a medida que los encierros pandémicos modificaron lo que los ecólogos a veces denominan “el entorno del miedo”.

“Todos los animales están, ya sabes, intentando no morir”, afirmó Kaitlyn Gaynor, ecóloga de la Universidad de Columbia Británica. Ese impulso por sobrevivir los impulsa a mantenerse alejados de posibles depredadores, incluidos los humanos. “Somos ruidosos, novedosos y nos parecemos a sus depredadores y en muchos casos somos sus depredadores”, afirmó Gaynor.

Por ejemplo, los leones de montaña que viven en las montañas de Santa Cruz de California suelen mantenerse alejados de las ciudades. Sin embargo, Wilmers y sus colegas descubrieron que, tras las órdenes locales de confinamiento en 2020, los animales comenzaron a ser más propensos a seleccionar hábitats cerca del borde urbano.

Wilmers especuló que los leones de montaña estaban respondiendo a los cambios en el espacio sonoro urbano, el cual normalmente podría estar repleto de voces humanas y el estruendo de los autos. “Pero apenas esos

estímulos sonoros desaparecen, los animales piensan: ‘Bueno, valdría la pena ir a ver si hay algo para comer allí’”, afirmó.

Justo al norte, en una San Francisco recién silenciada, los gorriones de corona blanca empezaron a cantar más bajito, pero la distancia a través de la cual podían comunicarse “se duplicó con creces”, según los investigadores.

Los pájaros también empezaron a cantar a frecuencias más bajas, un cambio que se asocia con un mejor rendimiento, y una mayor capacidad para defender el territorio y cortejar a las parejas. “Sus cantos eran mucho más ‘sexis’”, dijo Elizabeth Derryberry, ecóloga del comportamiento de la Universidad de Tennessee, en Knoxville, y autora del estudio.

“Y fue de un día para otro”, añadió. “Lo que te da la esperanza de que si reduces los niveles de ruido en una zona, puedes tener un impacto positivo inmediato”.

Lo malo

Los efectos de la ausencia humana fueron diversos y variados según las especies, la ubicación y el tiempo.

Varios estudios revelaron que a medida que disminuyó el tráfico en la primavera de 2020, se redujo la cantidad de animales silvestres víctimas de atropellamiento por automóviles. Sin embargo, un equipo de investigadores reportó que la cantidad de colisiones entre vehículos y fauna comenzó a aumentar nuevamente, incluso cuando el tráfico se mantuvo por debajo de los niveles normales.

“Durante la pandemia ocurrieron más accidentes por milla recorrida, lo que interpretamos como cambios en el uso espacial animal”, afirmó Joel Abraham, egresado de Ecología en la Universidad de Princeton y uno de los autores del estudio. “Los animales empezaron a utilizar las carreteras y les resultó difícil dejar de hacerlo, incluso cuando el tráfico comenzó a recuperarse”.

Los confinamientos al parecer envalentonaron a algunas especies invasoras, como en Italia, donde aumentó la actividad diurna de los conejos de Florida y su rápida expansión puede amenazar a las liebres nativas. También han interrumpido esfuerzos para controlar otras. Por ejemplo, la pandemia retrasó un proyecto planificado desde hace mucho tiempo para sacrificar ratones depredadores gigantes de la isla de Diego Álvarez, un hábitat crítico para las aves marinas amenazadas en el océano Atlántico Sur.

Los ratones, que probablemente llegaron con los marineros del siglo XIX, atacan y se alimentan de crías de pájaros vivos y a menudo dejan enormes heridas abiertas. “Los apodé ‘ratones vampiro’”, afirmó Stephanie Martin, oficial de política ambiental y de conservación de Tristán de Acuña, el archipiélago del que forma parte la isla de Diego Álvarez. Muchos polluelos sucumben a sus heridas.

Los científicos estaban listos para comenzar una ambiciosa iniciativa de erradicación de ratones cuando llegó la pandemia y retrasó el proyecto durante un año. En la temporada de reproducción transcurrida, con los ratones vampiro todavía desenfrenados, no sobrevivió ni un polluelo de la subespecie Macgillivray de pato petrél de Salvin, un ave en peligro de extinción que se reproduce casi exclusivamente en la isla de Diego Álvarez. “Perdimos otra temporada de reproducción completa”, afirmó Martin. “Es decir, otro año más sin pichones”.

Es otra ilustración del doble papel de la humanidad: los ratones solo están en Diego Álvarez porque los humanos los llevaron allí. “Pero ahora necesitamos imperiosamente a los humanos para eliminarlos”, dijo Bates.

Este tipo de impactos se acumulan en todo el mundo, dijo, a medida que los programas locales de conservación, educación y vigilancia se ven interrumpidos o privados de financiación. En muchos países se registraron aumentos de la caza furtiva y la persecución de animales salvajes, así como incrementos en la tala y la minería ilegales.

La inseguridad económica puede haber impulsado parte de esta actividad, pero los expertos creen que también ha sido posible gracias a los fallos en la protección humana, como la reducción de personal en parques y reservas e incluso la ausencia de turistas, cuya presencia podría desalentar la actividad ilegal.

\xC2La naturaleza sanó durante la ‘antropausa’ pandémica?

“No somos completamente los villanos”, afirma Mitra Nikoo, asistente de investigación de la Universidad de Victoria. “En realidad, estamos haciendo mucho más bien de lo que nos hemos dado crédito”.

Las lecciones

A medida que las personas retomen sus rutinas normales, los investigadores seguirán monitoreando la vida silvestre y los ecosistemas. Si un ecosistema que parecía beneficiarse de la desaparición de la humanidad sufre con el regreso masivo de las personas, eso proporcionará una evidencia más sólida de nuestro impacto.

“Es esta reversión de la intervención experimental o semiexperimental lo que científicamente permite tener conocimientos verdaderamente sólidos sobre cómo funcionan los procesos ambientales”, afirmó Rutz.

Comprender estos mecanismos puede ayudar a los expertos a diseñar programas y políticas que canalicen nuestra influencia de forma más cuidadosa.

“Si entonces fortalecemos nuestro papel como guardianes y luego continuamos regulando las presiones, podremos inclinar de verdad el rol de los humanos en el medioambiente hacia uno abrumadoramente positivo”, aseguró Carlos Duarte, ecólogo marino de la Universidad de Ciencia y Tecnología Rey Abdalá, en Arabia Saudita.

Por ejemplo, un equipo de investigadores descubrió que como los turistas no viajaron a la isla griega de Zacinto en el verano de 2020, las tortugas bobas que anidan allí pasaban más tiempo que en años anteriores cerca de la orilla, en las aguas más cálidas que son óptimas para el desarrollo de los huevos de las hembras.

Los resultados sugieren que los turistas están empujando a las tortugas marinas hacia aguas más frías, ralentizando el desarrollo de los huevos y reduciendo potencialmente el número de nidadas, o lotes de huevos, que los animales ponen durante la corta temporada de anidación, dijo Gail Schofield, ecóloga especializada en conservación de la Universidad Queen Mary de Londres y autora del estudio.

“Es una ventana de oportunidad muy limitada”, dijo.

No es posible detener todo el turismo, reconoció. Pero designar un tramo de la costa como hábitat protegido de las tortugas y prohibir que la gente nade ahí a principios del verano podría proporcionar un importante refugio para los animales, dijo.

Cuando la reserva natural de la bahía de Hanauma reabrió en diciembre de 2020, estableció un nuevo límite estricto en la cantidad de visitantes diarios. En la actualidad cierra dos días a la semana, uno más que antes de la pandemia, afirmó Rodgers.

Otros cambios también podrían generar beneficios, afirmaron los expertos: la construcción de cruces para la vida silvestre en las carreteras podría evitar que algunos animales mueran atropellados, mientras que exigir motores de automóviles y hélices de botes más silenciosos podría reducir la contaminación acústica en tierra y mar.

“Ya nadie puede decir que no podemos cambiar el planeta en un año, porque sí podemos”, afirmó Bates. “Lo hicimos”.

Emily Anthes es reportera de The New York Times; se enfoca en ciencia y salud y cubre temas como la pandemia de coronavirus, las vacunas, las pruebas para el virus y la covid en niños.

PHOTO: Un pato solitario saboreando su hegemonía sobre la Plaza de la Concordia de París, durante los confinamientos por la pandemia de coronavirus en la primavera de 2020. (PHOTOGRAPH BY Dmitry Kostyukov para The New York Times FOR THE NEW YORK TIMES)

Load-Date: July 18, 2022

\xC2La naturaleza sanó durante la ‘antropausa’ pandémica?

End of Document